



ISBN: 9786073027205

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA
UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN

Marsiske, R. (2019).

Los protagonistas del movimiento estudiantil de 1929 en México y
la autonomía universitaria.

En H. Casanova Cardiel, E. González González, y L. Pérez Puente
(Coords.), *Universidades de Iberoamérica: ayer y hoy* (pp. 425-452).

Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

LOS PROTAGONISTAS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1929 EN MÉXICO Y LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA 425

Renate Marsiske

IISUE-UNAM

INTRODUCCIÓN

En 1979 se cumplieron 50 años del otorgamiento de la autonomía universitaria a la Universidad Nacional de México, hecha realidad en la nueva Ley Orgánica en 1929, al sustituir la Ley Constitutiva de la Universidad de 1910. El nuevo ordenamiento legal que convirtió a la más importante institución de educación superior en México en Universidad Nacional Autónoma de México, fue el resultado de un movimiento estudiantil de grandes dimensiones que tuvo su origen en la Facultad de Jurisprudencia, abarcó en poco tiempo a todas las facultades y escuelas, a muchas escuelas de la ciudad de México y aun de la provincia mexicana.

Desde su fecha de fundación como institución cumbre de los festejos del centenario de la Independencia del país en 1910, organizados por el gobierno de Porfirio Díaz, pasando por el estallido de la Revolución Mexicana, los difíciles años hasta la proclamación de la nueva Constitución en 1917, la reconstrucción del país en los años veinte, hasta los meses de mucha inestabilidad después del asesinato de Álvaro Obregón en 1928, la Universidad Nacional seguía atada a la misma Ley Orgánica. Después de haber sobrevivido los hechos revolucionarios y una gran inestabilidad en todos los ámbitos, sobre todo político y económico, la Universidad Nacional siguió siendo parte de la Secretaría de Instrucción Pública hasta 1917. Después, con la descentralización de la educación, se convirtió en parte del

Departamento Universitario de la ciudad de México y, finalmente, a partir de 1921, formó parte de la nueva Secretaría de Educación Pública que, guiada por los proyectos educativos de José Vasconcelos primero, y de Moisés Sáenz después, enfiló todo su esfuerzo a la alfabetización y la construcción de un sistema de educación primaria y, a partir de 1925, de un nuevo sistema de educación secundario. La Universidad Nacional, sus autoridades, profesores y estudiantes habían tenido un papel en especial difícil para defender la importancia de una institución de educación superior en un país con más 80 por ciento de su población analfabeta y deficiencias de toda índole en un sistema educativo apenas por construir.

El movimiento estudiantil de entre mayo y julio de 1929, que logró reunir más de 10 000 estudiantes en sus marchas de protesta, estalló por un asunto aparentemente sin importancia: la oposición de los estudiantes de la Facultad de Jurisprudencia a una reforma al reglamento de exámenes. Se hicieron oír en un momento político de gran tensión, en medio del proyecto de los caudillos revolucionarios de institucionalizar su movimiento con la fundación de un partido político, después del asesinato del candidato revolucionario a la presidencia de la república, Álvaro Obregón, de los conflictos del gobierno con la iglesia católica y de la campaña electoral de José Vasconcelos por la presidencia.

Por otro lado, este movimiento es quizá el último de la serie de movimientos estudiantiles de la llamada Reforma —originada en Córdoba, Argentina en 1918— que en muchos países latinoamericanos de la misma época condujo a reformas profundas en las universidades. Siempre fueron movilizaciones por una modernización de las universidades, anticlericales y antiimperialistas y, por supuesto, por una mayor participación de los estudiantes en los asuntos universitarios y a favor de una independencia de las instituciones de educación superior de las injerencias de los gobiernos, a favor, en suma, de una autonomía universitaria.

Considerando que la cuestión de la autonomía universitaria estaba presente en todos los asuntos universitarios en México, desde que Justo Sierra presentó a la Cámara de Diputados en 1880 el proyecto de la fundación de una universidad, desde que se había cerrado la

universidad colonial en 1865, y considerando que el movimiento estudiantil de 1929 no había empezado como un conflicto para pedir la autonomía universitaria, pero que finalizó con el ofrecimiento del gobierno de Emilio Portes Gil a los estudiantes de una nueva Ley Orgánica que incluía la autonomía universitaria, aunque limitada, nos parece de suma importancia saber, primero, qué entendieron los protagonistas de este hecho tan importante por autonomía universitaria. En segundo lugar, nos interesa saber si en el transcurso de la movilización estudiantil pidieron la autonomía universitaria. Y en tercer lugar, si de esta manera el movimiento estudiantil de 1929 puede llamarse el movimiento de la autonomía universitaria.

Después de revisar durante años las fuentes de todo tipo, los documentos en los archivos históricos y las publicaciones secundarias, me parece esencial analizar la fuente más importante de historia oral que se elaboró en 1979, a raíz de los 50 años de este hecho histórico. Parece ser que, por la edad de los protagonistas, fue la última oportunidad de entrevistarlos y, aunque ese trabajo no se hizo con las herramientas de un historiador o un sociólogo empírico, dio como resultado el material que hoy nos ocupa.¹

Ahora bien, como observa Camarena,

la entrevista como fuente puede ser analizada desde el punto de vista de diferentes disciplinas; cada una de ellas tiene diferentes formas de trabajo y de análisis [...] para hacer un adecuado tratamiento de las entrevistas es necesario asumir la historia como oficio, lo cual consiste en entender a los hombres y las mujeres que entrevistamos como parte de un grupo social, en un tiempo y en un espacio determinado.²

1 J. M. García, "La Generación de 1929. Testimonios", en UNAM, *La autonomía universitaria en México*, 1979, p. 335 (para toda referencia de las entrevistas, en adelante sólo: UNAM, *La autonomía...*). Los entrevistados fueron Salvador Azuela, Efraín Brito Rosado, Baltasar Dromundo, Antonio Flores Ramírez, Alejandro Gómez Arias, José María de los Reyes, Alfredo Ruiseco, Santiago X. Sierra y Carlos Zapata Vela.

2 M. Camarena, "El sujeto en el análisis de la entrevista de historia oral", en A. M. Lara, F. Macías, M. Camarena (coords.), *Los oficios del historiador: taller y prácticas de la historia oral*, 2010, p. 95.

Hay que incorporar las diversas fuentes, nuevas y viejas para una interpretación amplia e incluyente, tomando en cuenta lo que dice Octavio Paz de la historia:

A diferencia de otras disciplinas, la historia no sólo tolera sino que reclama la pluralidad de interpretaciones. La diversidad de puntos de vista no impide que cada uno posea relativa validez y que todos, de esta o aquella manera, se complementen unos a otros. Incluso las contradicciones y oposiciones son fecundas y contribuyen a la visión del conjunto. La historia no es incoherente, pero sí hostil a las explicaciones únicas y totales.³

Los miembros del Comité de Huelga del movimiento estudiantil de 1929 en la Universidad Nacional de México habían creado, por medio de publicaciones, entrevistas y discursos, un mito que los convirtió en los padres de la autonomía universitaria, todo ello producto de su memoria. Me parece que aquí es el lugar de preguntarnos sobre la diferencia entre historia y memoria y sobre la importancia de la historia oral, ya que con nostalgia no se puede hacer historia, sino con distancia. Eugenia Allier distingue entre historia y memoria como dos campos de relación con el pasado y explica: “la historia busca conocer, interpretar o explicar [...]; la memoria pretende legitimar, rehabilitar, honrar, condenar”.⁴ Es decir, ocuparse de un hecho histórico puede tener dos diferentes intenciones: buscar la “verdad histórica” o recordar. “Si el pasado es inmodificable, su sentido no está fijado para siempre; pero el saber sobre el pasado suele ser acumulativo, mientras su recuerdo es cambiante.”⁵

Por ello y relacionado con la historia del tiempo presente, está en auge el testimonio oral para acceder a las identidades de los actores sociales, en nuestro caso, los estudiantes de 1929:

3 O. Paz, “Revueltas y revoluciones: un proceso dramático, México y los poetas del exilio español”, en D. Torres (ed.), *Octavio Paz en España, 1937, 2007*, p. 105.

4 E. Allier, “Presentes-pasados del 68 mexicano: una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 2009, p. 288.

5 *Ibid.*, p. 289.

la historia oral le aporta a la Historia la materialización de una experiencia, de un testimonio, de un relato, en definitiva, de una mirada. Pero una mirada capaz de contar, desde lo secuencial de lo particular, los cambios colectivos, las condiciones socioculturales de una época [...] los comportamientos de las edades.⁶

Además, “lo que se busca es una memoria viva”,⁷ la recuperación de la memoria. Esto nos lleva otra vez a la diferencia entre historia y memoria:

Mientras la historia, en tanto operación intelectual que se esfuerza por establecer los hechos del pasado y volverlo inteligible, tiene la pretensión de buscar la verdad (una cuestión de estudio, de documentación, de lectura), la memoria exige credibilidad, verosimilitud [...] La historia busca conocer, interpretar o explicar, y actúa bajo la búsqueda de la objetividad; la memoria pretende legitimar, rehabilitar, honrar, condenar, encontrar un sentido para quien recuerda, actuando de manera selectiva y subjetiva.⁸

Josefina Cuesta argumenta que la historia como saber acumulativo se enriquece con cada vez nuevas interpretaciones de los mismos hechos y que cada generación hace interpretaciones nuevas de hechos ya conocidos.

En este sentido, el de la recuperación de la memoria de un hecho tan significativo como fue el movimiento estudiantil de 1929, Jorge Mario García entrevistó en 1979 a nueve de los protagonistas de este acontecimiento clave para la historia de la Universidad Nacional. Les preguntó 50 años después no sobre sus historias de vida, sino sobre el hecho más significativo de su juventud. Esta muestra, por supuesto, no es representativa en el sentido de una encuesta de opinión, pero nos da informaciones importantes sobre los hechos, las ideas y pensamientos de los jóvenes de 1929. Por otro lado, nos proporciona in-

6 J. M. Marinas y C. Santamarina (ed.), *La historia oral: métodos y experiencias*, 1993, pp. 10-11.

7 P. Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, 1999, p. 196.

8 E. Allier, “Presentes-pasados del 68 mexicano...”, p. 288.

formación sobre sus apreciaciones del movimiento de autonomía universitaria 50 años después. Algunos de los entrevistados contestan las seis preguntas, algunos cinco y uno sólo envía un texto sin contestar las preguntas una por una (Alfredo Ruiseco). También se distinguen los textos por diferentes niveles de claridad y extensión.

Nos referimos aquí a estudiantes varones, que formaban la gran mayoría de los estudiantes universitarios participantes en el movimiento, pues en 1929 había 1184 hombres y 204 mujeres inscritas en la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional,⁹ la institución universitaria con más inscripciones; en las facultades disminuía significativamente el número de mujeres, y en total podemos hablar de alrededor de 9000 estudiantes inscritos.

A fin de analizar las entrevistas y como soporte metodológico hemos dividido el material en diferentes variables de investigación, correspondientes a diferentes temas. Para este trabajo hemos escogido únicamente el tema de la relación de los estudiantes de 1929 con el gobierno y con José Vasconcelos, y sobre todo la concepción estudiantil de la autonomía universitaria y sus antecedentes, en el entendido de reforzar la idea de que el movimiento estudiantil de 1929, aun cuando no se organizó para ello, entrañaba la idea de la independencia de la universidad, largamente acariciada por los estudiantes y algunos profesores; de manera que su otorgamiento resolvió el conflicto y dio una estructura a la universidad que permitió más adelante construir una universidad moderna. De esta forma, se podría hablar del “movimiento de autonomía universitaria”, considerando su resultado.

LA CIUDAD DE MÉXICO Y LOS JÓVENES ESTUDIANTES EN LOS AÑOS VEINTE

Estos estudiantes de 1929 en la Universidad Nacional de México, muchos en la Facultad de Derecho o en las otras facultades y algu-

9 M. Romo, “Las modernas: estudiantes en los años veinte de la Escuela Nacional Preparatoria”, en J. M. Piña y C. B. Pontón (coords.), *Cultura y procesos educativos*, 2002, p. 133.

nos todavía en la Escuela Nacional Preparatoria, no sólo nos interesan como protagonistas de unos de los hechos más significativos de la historia de la universidad, sino también porque eran jóvenes en los años veinte, la época de la reconstrucción del país después de los hechos violentos de la Revolución. Esto significa que pertenecían a un grupo que no había participado directamente en los hechos de la Revolución Mexicana, pero, en cambio, era la generación que tenía que hacer realidad los postulados de la nueva época. En un futuro dirigirían muchas acciones en el ámbito político, económico y cultural para construir el nuevo país. Eran jóvenes modernos de clase media de una ciudad de México en plena modernización y con anhelos de convertirse en una urbe cosmopolita; esta “clase media se convertiría en el grupo social paradigmático en el cual los proyectos revolucionarios se verían ampliamente realizados”.¹⁰

En un país de alrededor de 15 millones de habitantes, de los que casi 80 por ciento eran analfabetas y 81.2 por ciento vivían en poblaciones de menos de 5 000 habitantes,¹¹ los estudiantes universitarios, sobre todo los que adquirirían un título profesional, eran una élite cultural, eran los elegidos, como señala el título de Muñiz. En los siguientes años ellos se convertirían en las nuevas clases medias y altas del país, producto de la redistribución de la riqueza, consecuencia de la Revolución Mexicana, las élites modernizadoras que construirían el México del futuro. Muchos ejercerían las profesiones liberales, como la de abogado o médico. Otros ingresarían a la política y la administración pública y ayudarían a construir instituciones nuevas, como el Seguro Social, el sistema judicial o el Banco de México, y a organizar la administración pública y la vida política del país. Algunos ejercerían en el servicio exterior mexicano, tratando de mejorar la imagen tan deteriorada de su país después de la Revolución.¹²

10 E. Muñiz, “Los jóvenes elegidos: México en la década de los veinte”, en J. A. Pérez y M. Arteaga, (coords.), *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo xx*, 2004, p. 153.

11 M. Ordorica y J. L. Lezama, “Consecuencias demográficas de la Revolución Mexicana”, en M. González (coord.), *El poblamiento de México: una visión histórico-demográfica*, t. 4, 1993, p. 43.

12 R. Marsiske, “Estudiantes universitarios y Revolución Mexicana: de la élite cultural a la élite política y económica”, en M. L. Alvarado y R. Ríos, *Grupos marginados de la educación (siglos xix y xx)*, 2011, p. 191.

Dentro de la Universidad Nacional no sólo se formó una élite de futuros profesionistas, sino que el hecho de haber pertenecido o de pertenecer a la institución de educación superior de más prestigio en el país, sea como estudiante, profesor, director de facultades y escuelas, como miembro de academias o agrupaciones culturales universitarias, los convierte en un grupo de influencia y poder. Todos ellos tuvieron acceso al secretario de Educación respectivo y el rector mantenía una estrecha relación con el presidente de la República, ya que él lo había nombrado y normalmente era uno de sus hombres de confianza.

Por otro lado, los jóvenes universitarios de los años veinte influían y determinarían en muchas ocasiones la opinión pública, algunos escribían en los periódicos o en las revistas de la época o en las muchas publicaciones estudiantiles, algunas de vida efímera. Durante algún tiempo existió en el periódico *El Universal* una sección estudiantil, ya que esta publicación era muy cercana a los estudiantes, lo que se puede comprobar durante los días de la huelga estudiantil.

Estos estudiantes pasaban muchas horas del día en el centro de la ciudad de México, en el llamado Barrio Universitario, donde no sólo se encontraban los edificios de la Universidad Nacional, sino también las oficinas del gobierno. Igualmente se encontraban allí los teatros, cafés, casas de huéspedes, que alojaban a algunos de los jóvenes de provincia, los que no podían vivir con familiares. La ciudad de México, remodelada por Porfirio Díaz para las celebraciones del centenario de la Independencia en 1910, se había empezado a modernizar; los ingenieros, arquitectos y funcionarios habían impulsado proyectos de electrificación, de ingeniería sanitaria, de construcción de nuevos edificios, de parques, jardines, clubes deportivos, teatros. También albergó cada vez más planteles educativos, públicos y privados:

No fue la carga de la legión de héroes ni de ángeles mencionada por Alejandro Gómez Arias. En cambio, sí fue un tiempo donde la literatura, la oratoria, la vida dejaron por primera vez testimonio de la toma de la calle, del ejercicio pleno de la ciudad, en un paréntesis donde no

las armas, sino la resistencia civil, la elocuencia verbal, fueron esgrimidos para basar en ellas la construcción de la nueva ciudad.¹³

Muchas familias se habían refugiado en la ciudad ante la violencia de la Revolución y se necesitaban escuelas para sus hijos. Este joven

era un individuo primordialmente urbano inscrito dentro de un proyecto modernizador del país, como un agente de cambio cuyas formas de socialización intergrupales fueron en parte determinadas por la apertura y construcción de nuevos espacios en la ciudad de México.¹⁴

Baltasar Dromundo nos platica del idealismo de los jóvenes estudiantes de aquel 1929,¹⁵ impregnados de las ideas de la revolución, tratando de participar en crear un México mejor, a pesar de la pobreza generalizada de los estudiantes, que vivían de los apoyos familiares y de trabajos eventuales. Estaban dispuestos a luchar durante la huelga para hacer realidad sus sueños de un país justo y moderno, y de la universidad, una institución de educación superior con alto nivel académico, con acceso para todos e independiente de los vaivenes de la política. Por ello el movimiento se convirtió en un asunto de masas de jóvenes que recorrían las calles “sin otro estímulo que los impulsos de su corazón y los dictados de su conciencia”.¹⁶

Los estudios de los artistas, como los pintores nacionalistas, muralistas o los escritores estridentistas, quienes desde sus diferentes posiciones políticas y culturales representaban la modernidad, también se encontraban en el centro de la ciudad de México. Estaban cerca de los estudiantes, aunque éstos no siempre sabían apreciar la genialidad de los artistas y sus obras, como muestra el conflicto en la Escuela Nacional Preparatoria en 1923, cuando los alumnos

13 V. Quirarte, *Elogio de la calle: biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*, 2001, p. 507.

14 I. Meza, “La edad difícil: los adolescentes modernos en la ciudad de México (1876- 1934)”, 2015, p. 43.

15 UNAM, *La autonomía...*, p. 348.

16 *Ibid.*, p. 349.

destruyeron los murales de Diego Rivera y José Clemente Orozco. Quizá actuaban como portavoces de algunos sectores de la sociedad que no apreciaban los cánones estéticos del muralismo mexicano.¹⁷

También era la época de los líderes estudiantiles que habían buscado refugio político en el México revolucionario, como Víctor Raúl Haya de la Torre, líder estudiantil en el movimiento de la Universidad de San Marcos de Lima, Perú, quien llegó a México en 1924; o Julio Antonio Mella, líder estudiantil y fundador del Partido Comunista cubano, quien llegó como refugiado político a México en 1926 y aquí, junto a la fotógrafa Tina Modotti y su círculo de amistades, promovieron el partido comunista en el México posrevolucionario. Baltasar Dromundo, entre otros, tenía relaciones con algunos miembros de la izquierda artística, y organizó una exposición de las fotos de Tina Modotti en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional, en contra de la voluntad de algunos políticos, pero patrocinado por la universidad. Para la inauguración, el 3 de diciembre de 1929,¹⁸ se había invitado, por parte del rector Ignacio García Téllez, al presidente Emilio Portes Gil, que no pudo asistir y en la clausura hablaron Baltasar Dromundo y David Alfaro Siquieros.

En este contexto, los entrevistados de 1979, exestudiantes universitarios de 1929, siempre se han considerado una generación muy unida, la generación de la autonomía universitaria, los que estaban en la universidad más o menos entre 1923 y 1929, primero en la Escuela Nacional Preparatoria, desde 1925 ya separada de sus tres primeros años, al formar como unidad independiente el nivel secundario, y después en las facultades. Por ello, todos se acordaron de los diferentes compañeros de la lucha de 1929 y mencionaron los nombres de los demás:

Los nombres se entrelazan, confundiéndose las diversas procedencias: Bailleres y Brito Rosado, Jorge Coghlan, y De Gortari, los Vázquez

17 I. Meza, "La edad difícil...", pp. 93-96; R. Marsiske, "La Universidad Nacional: 1921-1929", en R. Domínguez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional, siglo xx: de los antecedentes a la Ley Orgánica de 1945*, 2012, pp. 195-332.

18 T. Modotti. *Una mujer sin país: las cartas a Edgard Weston y otros papeles personales*, 2001, p. 203.

Campos y los Zapata Vela, Dromundo y Flores-Ramírez y Gómez Arias y Abelardo Ávila y 'El Fósforo' y Chano Sierra. Todos los que fuimos, cualquiera que fuese la medida, protagonistas de aquel hermoso y levantado movimiento.¹⁹

Las relaciones de amistad que habían hecho nuestros protagonistas con los estudiantes de provincia durante los congresos estudiantiles de años anteriores y durante los concursos de oratoria, produjeron una solidaridad amplia a la hora del movimiento estudiantil. Algunos de los estudiantes, por ejemplo del Colegio del Estado de Puebla, llegaron para apoyarlos:

se podría decir que hubo un proceso osmótico que permitía la comparación de todo lo que entrañaba aquella vida estudiantil: acudir a las aulas universitarias, asistir a los *dancing* metropolitanos, ser clientes morosos del café de Alfonso, beber cerveza en El Nivel y/o en la Policlínica.²⁰

Como ya se dijo, con los estudiantes de 1929 estamos ante jóvenes varones de los sectores medios y altos urbanos del país, muy pocas mujeres llegaron a tener una educación superior, aunque la retórica modernizadora y el fortalecimiento del movimiento feminista internacional, que también tuvo influencia en México, hizo aumentar las jóvenes mujeres inscritas en la Escuela Nacional Preparatoria, de 125 alumnas en 1924 a 219 en 1929.²¹ En cambio, las facultades reportan, en 1927, 812 mujeres en la Escuela de Música y 673 en la Facultad de Filosofía y Letras, este último número en virtud de

19 Entrevista a Antonio Flores-Ramírez Gamboa, en UNAM, *La autonomía...*, p. 353. La nómina completa de los mencionados en el conjunto de entrevistas (algunos sólo por el apellido): Leopoldo Ancona, Roberto Atwood, Abelardo Ávila, Aurelio Ballados "El Fósforo", Bailleres, Brito Rosado, Ernesto Barrón Mier, Antonio Bernal, Jorge Coghlan, Antonio Damiano, De Gortari, José María de los Reyes, Baltasar Dromundo, Antonio Flores-Ramírez, Ricardo García Villalobos, Alejandro Gómez Arias, Arcadio Guevara, Eduardo Hornedo, Luis Meixueiro, Teodosio Montalbán, Flavio Navar, Octavio Rivas Cid, Luis Rubio Siliceo, Julio Serrano Castro, Chano Sierra, José Vallejo Novelo, Zapata Vela (los) y Vázquez Campos (los).

20 *Loc. cit.*

21 I. Meza, "La edad difícil...", p. 101.

que en dicha facultad se encontraba la Escuela Normal Superior. En cambio sólo había 52 mujeres jóvenes en la carrera de Médico Cirujano, 39 en Odontología, 13 en la Facultad de Jurisprudencia y 18 en la Escuela de Educación Física, de un total de casi 9 mil estudiantes.²²

1929: AMBIENTE POLÍTICO Y LUCHA ELECTORAL DE JOSÉ VASCONCELOS

Las relaciones entre los estudiantes y la universidad entraron en un conflicto de mayores dimensiones en mayo de 1929, aparentemente por un problema de aplicación de reconocimientos trimestrales, es decir, la aplicación de tres exámenes por escrito al año en vez de uno oral al final del curso, decidida en 1925 por el Consejo Universitario. Además había quedado pendiente la reforma al plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, que se consideró necesaria desde el momento en que se separaron los primeros tres años de este ciclo escolar en 1925 para establecer el sistema de escuelas secundarias, lo que despertó mucha resistencia en los estudiantes.

Para entender esta situación tan complicada hay que tomar en cuenta, primero, la difícil situación política que surgió en el país a raíz del asesinato del candidato a la presidencia, el expresidente Álvaro Obregón, la guerra cristera recién terminada, los levantamientos militares de 1928 y el anhelo de José Vasconcelos de querer ser presidente de la República, así como su lucha electoral correspondiente. Por otro lado, también había razones internas de la universidad para la huelga de los estudiantes: la Universidad Nacional seguía atada a la Ley Orgánica de 1910, pero sus estructuras, sus planes de estudio y sus carreras habían cambiado. Las inscripciones aumentaban año con año, pero el presupuesto seguía siendo el mismo. Esto llevó a serios problemas de organización en las escuelas y facultades y a una creciente indisciplina de los estudiantes, sobre todo en la Facultad de Jurisprudencia.

22 *Boletín de la Universidad Nacional de México*, t. iv, núm. 4-6, 1928, p. iii.

Frente a estos hechos nos encontramos con una fuerte organización estudiantil que había recibido un gran impulso en los años veinte durante los rectorados de José Vasconcelos y Alfonso Pruneda, que incorporaron a los estudiantes a las labores de extensión universitaria. Estas redes informales entre los jóvenes universitarios eran muy estrechas, todos conocían a todos, convivían en las actividades académicas en los salones de clase, en su tiempo libre, en eventos sociales y muchas veces en la organización estudiantil. En 1929 ya tenían una sólida organización gremial basada en una nacional, en las sociedades de alumnos de cada escuela y en agrupaciones que se formaron con fines relacionados con la extensión universitaria. La Federación Estudiantil Mexicana representaba en este año a 54 escuelas de la capital, entre universitarias y libres, que contaban con 25 000 estudiantes.²³

¿Qué dijeron estos estudiantes de 1929, 50 años después, sobre el momento político, los políticos y su actitud durante el movimiento y en especial sobre su relación con la lucha electoral de Vasconcelos? Carlos Zapata Vela, el que por cierto contesta las preguntas con mayor lucidez, nos hace saber que tenemos que entender el movimiento estudiantil de 1929 como parte del entramado de las luchas posrevolucionarias por la dirección de la Revolución;²⁴ como expresión de una lucha ideológica en el seno de la universidad entre las instituciones de antes y los representantes de las ideas de la Revolución. De allí resultan las diferentes actitudes de los políticos de la época: la cerrazón de algunos y el apoyo de otros, y los que no se pronunciaron. La primera de las tres posiciones, y en esto coinciden los entrevistados, incluía casi todas las autoridades educativas oficiales, el rector y los directores de facultades y, por supuesto, Ezequiel Padilla, secretario de Educación Pública, a quien caracterizan los entrevistados como antimaderista, y quien trata de resolver este conflicto con medidas represivas y autoritarias. Padilla, como dice Carlos Zapata Vela, estaba ligado estrechamente a Calles, más

23 R. Marsiske, "Los estudiantes en la Universidad Nacional de México: 1910-1928", en *idem* (coord.), *Los estudiantes: trabajos de historia y sociología*, 1989, p. 191.

24 UNAM, *La autonomía...*, p. 379.

que al presidente Portes Gil. Con esta actitud llevó a los momentos trágicos del movimiento, el asesinato de Germán del Campo, uno de los estudiantes universitarios en huelga. Este hecho radicalizó el movimiento y llevó a nuestros protagonistas a llanto e ira, como nos cuenta Baltasar Dromundo.

En cambio, el doctor Manuel Puig Casauranc, en ese momento jefe del Departamento del Distrito Federal, no sólo ve con buenos ojos el movimiento, sino se convierte en interlocutor entre los estudiantes y el presidente Emilio Portes Gil. Él era amigo de aquéllos desde años antes, “político veracruzano formado en las ideas progresistas de Tejada”:²⁵ había sido subsecretario de Educación Pública durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, y en este cargo había tenido una estrecha relación con los estudiantes universitarios. Es él quien manda a retirar la policía de las inmediaciones de la universidad el 23 de mayo y quien recibe el documento de Alejandro Gómez Arias con la promesa de enseñárselo al presidente y de tener una respuesta en dos o tres días. José María de los Reyes cuenta que en el congreso estudiantil de 1926 en Ciudad Victoria, adonde habían asistido todos ellos, Alejandro Gómez Arias había hablado al entonces gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil, de la conveniencia de una autonomía para la Universidad Nacional.²⁶ Santiago X. Sierra afirma que también el presidente era amigo de los estudiantes y estaba a favor de la autonomía universitaria, ya que vio la gran manifestación del 23 de mayo desde el balcón del Palacio Nacional.

Según José María de los Reyes, en la universidad también había autoridades y profesores a favor del movimiento, como Manuel Ocaranza, director de la Facultad de Medicina, Pedro de Alba, director de la Facultad de Filosofía y Letras, el maestro José Romano Muñoz, Pedro Ondorica y Maximino N. Anzures, contadores, y por supuesto Antonio Caso, uno de los más prestigiosos profesores, pero también había otros miembros de la universidad que no querían aflojar el principio de autoridad frente a los alumnos.

25 *Ibid.*, p. 383.

26 *Ibid.*, p. 360.

Y como siempre ocurre en momentos de conflicto y movimientos en contra del gobierno, hubo intentos de resolver la movilización de los jóvenes por medio de ofrecimientos de empleos, de becas para estudiar en México o en el extranjero; esto nos cuentan lo mismo Efraín Brito Rosado,²⁷ a quien ofrecieron ir de agregado cultural a la embajada de México en París, que José María de los Reyes.²⁸ Ninguno de ellos aceptó estas dádivas.

En contraste, la mayoría de los miembros del gabinete y demás autoridades se mantuvieron al margen y no expresaron su opinión.

Ahora bien, recordemos que 1929 fue también el año de la campaña electoral de José Vasconcelos por la presidencia, hecho de gran importancia para el movimiento estudiantil por la relevancia de la persona de Vasconcelos y su vinculación con el quehacer educativo del México posrevolucionario. Era una lucha con matices románticos y moralistas en contra de los vicios de los gobiernos nacidos de la Revolución, con un panorama ideológico vago. Sus seguidores eran sobre todo maestros, estudiantes y mujeres, miembros de la clase media urbana, entre los que Vasconcelos había adquirido mucho prestigio como rector de la Universidad Nacional entre 1920 y 1921 y como primer secretario de Educación Pública entre 1921 y 1924. La improvisación y la espontaneidad reemplazaron la falta de recursos para la campaña, y la carencia de formación política y de un amplio conocimiento de la realidad mexicana, sobre todo del campo, junto con las maniobras poco democráticas de los gobiernos posrevolucionarios, lo hicieron perder las elecciones el 17 de diciembre de 1929, en las que triunfó el candidato del gobierno, Pascual Ortiz Rubio.

¿Qué dijeron, 50 años después, los entrevistados de su relación con José Vasconcelos y acerca de su campaña electoral? Las respuestas fueron diversas, la gran mayoría de los entrevistados se confesó vasconcelista, esto quiere decir que apoyaba y admiraba sin duda a José Vasconcelos, pero no todos militaban en las filas de la lucha electoral de Vasconcelos para la presidencia. Salvador Azuela expresó lo que opinaron la gran mayoría de los entrevistados:

27 *Ibid.*, p. 341.

28 *Ibid.*, p. 364.

la casi totalidad de los estudiantes de aquella época éramos partidarios de la candidatura presidencial del licenciado José Vasconcelos, que militaba en la oposición. El hecho nos daba una gran fuerza moral, pero se tuvo cuidado en deslindar la lucha por la autonomía de la lucha electoral.²⁹

En todas las contestaciones se siente siempre una enorme admiración por José Vasconcelos, con independencia de que los estudiantes hayan participado o no en la vida política electoral de ese momento:

Decidimos entonces [...] apoyar la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la República porque en él, el hombre y el maestro, iban juntos todos los atributos de la grandeza. Sus ideas que, desde la belleza relampagueante de su obra, revelaron al Continente Iberoamericano que aún no se había extinguido el linaje de Bolívar.³⁰

Baltasar Dromundo clasificó la actitud de los estudiantes de 1929 hacia Vasconcelos de la siguiente manera: estudiantes que participaron sólo en la lucha estudiantil, estudiantes que militaron en el Partido Antirreeleccionista del exsecretario de educación pública, y estudiantes que lucharon en los dos lados.³¹

Sin embargo, José María de los Reyes afirmó que Vasconcelos estaba muy ocupado con su lucha electoral como para tener alguna injerencia en el movimiento estudiantil, aunque había estado a favor de la autonomía universitaria. Sin embargo, aquí habla más bien la admiración por el ídolo de los jóvenes universitarios, ya que desde sus tiempos en la rectoría y después en la secretaría de Educación Pública, Vasconcelos siempre se había pronunciado en contra de una independencia de la universidad de la influencia del Estado, ya que, para él, el proyecto educativo posrevolucionario incluía la universidad.

29 *Ibid.*, p. 337.

30 Entrevista a Alfredo Ruiseco Avellaneda, *ibid.*, p. 373.

31 UNAM, *La autonomía...*, p. 348.

Por su parte, Antonio Flores-Ramírez Gamboa decía que también hubo estudiantes que participaron en la huelga y no eran vasconcelistas, como él:

A mí, en lo particular, no me sedujo Vasconcelos ni me atraían sus ideas, fue un buen secretario de Educación. Pero su maniqueísmo —similar al de Rodó— en lo que se refiere a que la latinidad implica posesión exclusivista de la cultura, y que los anglosajones representan la barbarie, me ha sido siempre inaceptable.³²

Como hemos visto, también había muchos estudiantes que compartían estas ideas de Flores-Ramírez y no eran vasconcelistas, y que militaron en otras agrupaciones políticas (apenas en estos años se formaron los partidos políticos grandes, como el PNR, después PRI, y el PAN).

De especial importancia aquí es la opinión de Alejandro Gómez Arias, líder de este movimiento estudiantil de 1929:

El vasconcelismo con sus arrebatadores propósitos de renovación, depuración, rectificación de la política nacional movilizó a la mayoría de los mexicanos. Los grandes grupos juveniles que formaron en el movimiento universitario eran, sin duda, predominantemente vasconcelistas, pero eso de ninguna manera modificó la estrategia, ni estableció dependencia de la rebeldía estudiantil con los organismos político-electorales.³³

Además, nos aclara que en el directorio de la huelga estudiantil sólo había un vasconcelista, su presidente, quiere decir, Gómez Arias, a pesar de que todos los universitarios le debían algo de su formación cultural y de su pasión revolucionaria al exministro de Educación Pública. Gómez Arias definió atinadamente al vasconcelismo como trasfondo de lo que acontecía en este momento en México, pero sin de que esta corriente política haya influido en el

32 *Ibid.*, p. 352.

33 *Ibid.*, pp. 356-357.

movimiento estudiantil de 1929. Una vez terminada la huelga de los estudiantes en julio, seguía la lucha vasconcelista hasta diciembre, cuando perdió las elecciones.

LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA: DEFINICIÓN Y PERCEPCIÓN

Después de tantos años de discutir la autonomía universitaria, de propuestas más o menos elaboradas, presentadas por estudiantes, profesores o autoridades universitarias,³⁴ el gobierno de Emilio Portes Gil, guiado por algunos de sus colaboradores y ateniéndose a la propuesta que se había elaborado en la universidad en 1928, en los últimos meses del rectorado de Alfonso Pruneda,³⁵ finalmente hizo realidad este precepto. Al otorgarle una nueva Ley Orgánica a la más importante institución de educación superior en México, incluyendo la autonomía universitaria, la convirtió en Universidad Nacional Autónoma de México.

La universidad autónoma debe su existencia legal siempre a un acto de una autoridad externa, normalmente la del Estado. El instrumento de incorporación de la autonomía describe de manera detallada lo que la universidad puede y no puede hacer con sus propiedades, su relación con otras instituciones o con sus miembros, cómo elegir a sus autoridades, cómo admitir a sus estudiantes y qué enseñarles. El otorgamiento de la autonomía universitaria no siempre es el resultado de un conflicto universitario o de un movimiento estudiantil como en el caso que nos ocupa aquí, pero sí de una apertura política en un momento político especial.³⁶

Sin embargo, en 1929 la Universidad Nacional todavía estaba lejos de una autonomía capaz de normar adecuadamente las relacio-

34 R. Marsiske, "Autonomía 'is in the air': historia de dos propuestas de autonomía universitaria en México en los años veinte: 1923 y 1928", en E. Bárzana, J. Martucelli, M. A. Morales (coords.), *La autonomía universitaria en México*, 2015, p. 35.

35 Sobre la autonomía de la universidad. Memorando confidencial para el señor Alberto Sáenz, Archivo Histórico de la UNAM, sección Rectoría, caja 28, exp. 378.

36 R. Marsiske, "El movimiento por la autonomía en la Universidad Nacional en la década de 1920", en J. Medina et al., *El régimen de autonomía. Universidad Veracruzana*, 2007, pp. 93-130.

nes con el gobierno y de dar una estructura moderna a la universidad. Los considerandos de la nueva Ley Orgánica proyectaron una universidad para el futuro de México: la universidad será autónoma, sin embargo seguirá siendo nacional y, por ende, una institución del Estado; los fines esenciales de la universidad son impartir educación superior, organizar la investigación científica, principalmente sobre problemas nacionales, y utilizar la extensión universitaria para poner la universidad al servicio del pueblo; a la larga se pensaba que la universidad debería contar con fondos enteramente propios para hacerla independiente en lo económico, pero, mientras esto sucedía, tendría que recibir un subsidio suficiente del gobierno federal. Como la obligación del gobierno era atender en primer lugar la educación básica, los interesados en la enseñanza superior deberían pagarla por medio de colegiaturas. La falta de definición de esta ley tenía programados los conflictos universitarios de 1933 y 1944.

Para entender por qué en América Latina, y por supuesto en México, la preocupación por la autonomía universitaria había obsesionado tanto a los universitarios y en especial a los estudiantes, recordemos la explicación de Aldo Solari:³⁷ primero, porque aquí no había una separación entre lo político y lo educativo y, debido a ello, los políticos hasta hoy quieren utilizar la universidad para sus fines; segundo, porque la educación como canal de acceso y ascenso tiene un sentido especial en los países latinoamericanos, y tercero, porque las universidades pueden ser un vehículo importante para los grupos políticos minoritarios o secundarios que aspiran al poder.

Como se puede ver en la lista de preguntas del corpus de entrevistas que aquí analizamos,³⁸ las referentes a la autonomía univer-

37 A. E. Solari, "Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina", *Deslinde*, núm. 13, 1972.

38 1) Se ha dicho que la autonomía universitaria fue una concesión hecha por el gobierno central a la comunidad universitaria, sin haber sido pedida, y que el movimiento del 29 tenía, desde el punto de vista estudiantil, únicamente objetivos propiamente escolares (exámenes, reconocimientos etc.). ¿Es esto así? 2) ¿Cuál fue la posición del equipo de gobierno ante el movimiento estudiantil? ¿Podría decirse que presentó una posición uniforme? 3) También se ha afirmado que el movimiento estudiantil, más que un movimiento académico, fue un movimiento político ligado al vasconcelismo, y que en general estuvo vinculado al proceso político general del país. 4) ¿Qué recuerdos especiales personales tiene usted del movimien-

sitaria son la 1, que quiere aclarar si la autonomía de 1929 fue una concesión hecha por el gobierno para terminar con el movimiento o fue un logro estudiantil, y la 5, que quiere saber la opinión de los líderes estudiantiles de entonces sobre la Ley de autonomía de 1929. Cinco de los entrevistados se refieren a los antecedentes de la autonomía: el ambiente favorable a ella desde la fundación de la Universidad Nacional en 1910 por Justo Sierra, su mención en el discurso inaugural del secretario de Instrucción Pública, además de en la tesis de licenciatura de Pedro Henríquez Ureña (“La Universidad”, 1914), así como los diferentes proyectos de autonomía, como el de Antonio Caso, de 1917, cuando desaparece la Secretaría de Instrucción Pública y con ello la Universidad Nacional pasa a ser parte de un nuevo Departamento Universitario.

Por otro lado, se señaló como precursor la autonomía universitaria de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo en 1917 y, por supuesto, el movimiento estudiantil de 1918 en Córdoba, Argentina, que logró la autonomía de la universidad. José María de los Reyes se refiere a que desde 1923 oía hablar en los círculos estudiantiles de la conveniencia de una autonomía universitaria,³⁹ lo que se repitió en las publicaciones y congresos estudiantiles efectuados anualmente desde 1926. Esto quiere decir que la idea de una autonomía universitaria estaba en el aire desde mucho antes y los estudiantes de la generación de 1925 de la Universidad Nacional tuvieron plena conciencia de las luchas por ella en otros lados, dentro y fuera de México.

Los nueve entrevistados se refieren a lo que ellos entienden como autonomía universitaria, algunos coinciden en lo que dicen, otros mencionan sólo uno de los aspectos de la autonomía universitaria, pero todos subrayan una y otra vez ser artífices de esta nueva Ley Orgánica. Revisando las fuentes de la época, sobre todo los pliegos petitorios, fotos y afiches durante la huelga de 1929, se menciona

to? ¿Cuál fue su participación en él? ¿Qué recuerdo específico tiene presente, que personalmente le parezca importante? 5) En cuanto a la autonomía universitaria que se concedía en la Ley de 1929, ¿qué opinión le merece? 6) Como participante importante en el movimiento universitario del año 29, ¿qué mensaje enviaría usted hoy a la comunidad universitaria?

39 UNAM, *La autonomía...*, p. 360.

en algunas la autodeterminación de la universidad, sinónimo de la autonomía universitaria, después de las exigencias escolares.

Un papel especial jugó siempre entre ellos Alejandro Gómez Arias, reconocido como el líder intelectual y político de la generación de 1929. Consciente de su papel en cada momento, contesta las preguntas, “por encima de lo anecdótico y circunstancial, que no es necesario revivir”,⁴⁰ en el marco de un análisis crítico, resaltando lo que representó su movimiento para la universidad, para el país y para la historia e insistiendo en que los estudiantes de 1929, con él a la cabeza, son los autores de la autonomía universitaria: “los universitarios del 29 consideraron —y consideran— que su movimiento fue un capítulo, el más importante, de una larga historia: la lucha por la autonomía universitaria”.⁴¹ Sin duda, un líder por naturaleza, reconocido por sus compañeros, como nos lo dice Alfredo Ruiseco Avellaneda:

Decidimos [...] elegir como líder a Alejandro Gómez Arias, el compañero magnífico. El hermano generoso y de alma amorosamente extrovertida hacia la Universidad y sus hijos. Jamás quiso otra cosa que estar inmerso en el corazón universitario. Era su causa. Le llamábamos a veces el “maestro” y lo fue en grande, de políticos, artistas y poetas. Tuvo la voluntad insobornable de ser, sin pausa, intelectual y ciudadano ejemplar. Supo siempre que la más alta calidad de enseñanza se daba en la ejemplaridad de pensamiento y conducta, de ahí su abstención a ingresar a la corrupción política.⁴²

Gómez Arias se refirió a la autonomía de la siguiente manera:

El concepto autonomía, naturalmente, se ha precisado, dibujado, al paso del tiempo. A veces se le entendió, simplemente, como la separación entre Universidad y Estado, otras con visión más justa y dinámica, se pensó en la capacidad de la Institución para autogobernarse y por

40 *Loc. cit.*

41 *Ibid.*, p. 355.

42 *Ibid.*, p. 374.

mecanismos democráticos ir reformando sus propias estructuras y determinando sus fines.⁴³

Más adelante mencionó la importancia de los estudiantes y maestros en el gobierno de la universidad, como parte esencial de su autonomía.⁴⁴ Parece que la participación estudiantil —asunto de muchas inquietudes en la época de los veintes del siglo pasado— era de suma importancia para los entrevistados, como una parte de la autonomía universitaria. Igualmente lo mencionaron José María de los Reyes,⁴⁵ ligando esta participación con la libertad de expresión y la libertad de pensamiento de las instituciones de cultura superior, Salvador Azuela⁴⁶ y Baltasar Dromundo, quien relata que la Confederación Nacional de Estudiantes “propugnó la autonomía universitaria de la universidad con la intervención técnica y administrativa de los estudiantes en todas las escuelas y facultades, fundamentando jurídicamente la reforma universitaria”⁴⁷ y, más adelante: “el estatuto de autonomía en 1929, fue merecedor del aplauso juvenil. Porque estableció el gobierno universitario con base a la participación de profesores y alumnos”.⁴⁸

Antonio Flores-Ramírez, Santiago X. Sierra, Alfredo Ruiseco y Carlos Zapata Vela veían la autonomía universitaria sobre todo como una garantía de alejar la universidad de la política. El primero entendió la autonomía universitaria como autogobierno para “poner fin a la nociva intervención de los políticos en la vida universitaria”,⁴⁹ y contestó más adelante: “la autonomía académica, nunca fue obtenida para que sirviera de extraterritorial ni de santuario para quien la atropella. La autonomía es norma de gobierno, no fuero, la autonomía universitaria supone [...] derecho y obliga-

43 *Ibid.*, p. 355.

44 *Ibid.*, p. 358.

45 *Ibid.*, pp. 360, 361.

46 *Ibid.*, p. 335.

47 *Ibid.*, p. 345.

48 *Ibid.*, p. 349.

49 *Ibid.*, p. 350.

ción correlativos de mantenerla impoluta”.⁵⁰ Santiago X. Sierra decía que la autonomía universitaria significaba, para los estudiantes y para parte de los profesores de 1929, “alejar a la universidad de la presión política oficial, en sus ‘dogmas’ y arbitrariedades de los políticos en turno en el poder que con carácter faccioso alteraban la vida universitaria, la libre cátedra y el carácter de universalidad”.⁵¹ Alfredo Riuseco no sólo habló de la libertad de pensamiento, de expresión, de investigación y de enseñanza que garantizaría la autonomía universitaria, sino también de que ésta redimiría “la conciencia mexicana de la rígida ergástula de los intereses políticos”;⁵² al igual que Carlos Zapata Vela, quien vio la Universidad como organismo de cultura independiente del Estado, “pues sólo de esa manera la Universidad cumple sus altas funciones históricas: abrir, por medio de la libertad de pensamiento y la libertad de cátedra, los más ciertos caminos para el porvenir del pueblo”.⁵³

Una de las definiciones más acabadas la encontramos en la entrevista a Efraín Brito Rosado:

la autonomía universitaria, como debe entenderse, es decir, libertad absoluta de las altas Casas de estudios para determinar por sí mismas su actividad de investigación, de docencia y difusión de la cultura y asimismo su organización y funcionamiento administrativo, es una idea que estaba ya en el ambiente en los centros de educación superior, desde el segundo decenio de este siglo.⁵⁴

Y al final de la entrevista, reitera

que la autonomía universitaria hay que entenderla como plena libertad académica y administrativa, libertad para la creación de la cultura, para su transmisión a través de la cátedra y su difusión por todos los

50 *Ibid.*, p. 353.

51 *Ibid.*, p. 376.

52 *Ibid.*, p. 370.

53 *Ibid.*, p. 378.

54 *Ibid.*, p. 339.

medios. La autonomía es libertad; pero es también responsabilidad, esfuerzo en la elaboración y enriquecimiento de valores. [...] Contra toda intromisión mezquina, facciosa o arbitraria, la autonomía es libertad para fértiles ansiedades en la perenne juventud del espíritu, y en ese ámbito de libre proyección del pensamiento y grato desenvolvimiento del alma, hay que centrar el deseo y la energía, sobre las esquivas revelaciones de la ciencia en su conformación de la verdad en contacto con la belleza y el triunfo final de la voluntad.

En resumen, se puede decir que las entrevistas llevadas a cabo en 1979 a los protagonistas del movimiento estudiantil de 1929 en la Universidad Nacional nos dan una idea de cómo definieron la autonomía universitaria y sobre todo cuáles aspectos les parecían más importantes en 1929 y en 1979:

- 1) la participación estudiantil en los órganos de gobierno de la Universidad;
- 2) la libertad académica de investigación, docencia y difusión de la cultura;
- 3) la libertad administrativa;
- 4) libertad de pensamiento;
- 5) autogobierno;
- 6) separación de la política;
- 7) no es extraterritorialidad;
- 8) es norma de gobierno, no fuero,
- 9) es derecho y obligación.

Todos éstos son aspectos de la autonomía universitaria, como hoy la entendemos, dichos con las palabras de la época y sin haberlos convertido en un cuerpo teórico. Son expresión de los intereses estudiantiles de la época, como era en primer lugar la participación estudiantil en el gobierno de la universidad. Las entrevistas nos muestran el sentir de ser una generación muy unida y su orgullo de haber sido los artífices de la autonomía universitaria.

Como resultado de este ejercicio, podemos decir que el análisis de las entrevistas hechas en 1979 a los protagonistas del movimiento estudiantil de 1929 nos ha llevado a los siguientes resultados:

1. Los estudiantes universitarios de 1929 aquí entrevistados fueron los protagonistas de unos de los hechos más significativos en la historia de la universidad, del movimiento por la autonomía, pero también fueron jóvenes, adolescentes, en los años veinte, la época de la reconstrucción del país después de los hechos violentos de la Revolución. Esto significaba que pertenecían a un grupo de personas que no habían participado directamente en los hechos de la Revolución Mexicana, a la generación que tenía que hacer realidad los postulados de la nueva época. En un futuro dirigirían muchas de las acciones en el ámbito político, económico y cultural para construir un nuevo país. Eran jóvenes modernos de clase media en la ciudad de México, en plena modernización y con anhelos de convertirse en una urbe cosmopolita. Por ello, sus opiniones expresadas en estas entrevistas son de un especial interés para la historia de la Universidad Nacional Autónoma de México.
2. No se dejaron “comprar” por los representantes del gobierno, no ligaron su movimiento a los intereses de la lucha electoral de José Vasconcelos, pero sí supieron aprovechar el momento político para lograr sus fines. Eran jóvenes impregnados de un fervor revolucionario y por ello llenos de ideales y planes para un México mejor, no eran apolíticos. Esto nos prueba su destino: casi todos se ocuparán en la administración pública, en el periodismo o en la docencia.
3. Su relación con Vasconcelos era de mucha admiración por su visión para el futuro de México, por sus logros como rector, organizador de las campañas de alfabetización, motor de la fundación de la Secretaría de Educación Pública y su primer secretario. Sin embargo, sólo muy pocos o sólo uno, como decía Gómez Arias, habían sido activos miembros del Partido Antirreeleccionista de José Vasconcelos.

4. Podemos afirmar que su huelga efectivamente fue un movimiento de autonomía universitaria, no porque la independencia de la Universidad Nacional de cualquier injerencia externa haya sido la exigencia principal de los estudiantes, sino porque la huelga fue la culminación de un proceso largo de discutir, pedir o exigir la autonomía universitaria. Fue el momento histórico preciso, cuando coincidió el descontento estudiantil con la fuerza de su organización y la apertura del gobierno para hacer realidad un anhelo largamente acariciado. Y así lo entendieron los protagonistas de este movimiento.

REFERENCIAS

- Allier Montaño, Eugenia, “Presentes-pasados del 68 mexicano: una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, núm. 2, 2009, pp. 287-317.
- Camarena Ocampo, Mario, “El sujeto en el análisis de la entrevista de historia oral”, en Ada Marina Lara Meza, Felipe Macías Gloria y Mario Camarena Ocampo (coords.), *Los oficios del historiador: taller y prácticas de la historia oral*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2010, pp. 95-118.
- García Laguardia, Jorge, “La Generación de 1929: testimonios”, en UNAM, *La autonomía universitaria en México*, México, UNAM, 1979, pp. 335-387 (Colección Cincuentenario de la Autonomía de la Universidad Nacional de México).
- Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, FCE, 1999.
- Marinas, José Miguel y Cristina Santamarina (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.
- Marsiske, Renate, “Autonomía ‘is in the air’: historia de dos propuestas de autonomía universitaria en México en los años veinte: 1923 y 1928”, en Eduardo Bárzana García, Jaime Martucelli Quintana, María Ascensión Morales Ramírez (coords.), *La autonomía universitaria en México*, México, UNAM, 2015, pp. 35-65.

- Marsiske, Renate, “La Universidad Nacional: 1921-1929”, en Raúl Domínguez Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional, siglo XX: de los antecedentes a la Ley Orgánica de 1945*, México, UNAM, 2012, pp. 195-329.
- Marsiske, Renate, “Estudiantes universitarios y Revolución Mexicana: de la élite cultural a la élite política y económica”, en María de Lourdes Alvarado y Rosalina Ríos (coords.), *Grupos marginados de la educación (siglos XIX y XX)*, México, UNAM/Bonilla Artigas, 2011, pp. 191-219.
- Marsiske, Renate, “El movimiento por la autonomía en la Universidad Nacional en la década de 1920”, en Jorge Medina Viedas, Arturo Gómez Pompa, Fidel Herrera Beltrán, Raúl Arias Lovillo y Juan Ramón de la Fuente, *El régimen de autonomía: Universidad Veracruzana*, México, Universidad Veracruzana, 2007, pp. 93-130.
- Marsiske, Renate, “Los estudiantes en la Universidad Nacional de México: 1910-1928”, en *idem* (coord.), *Los estudiantes: trabajos de historia y sociología*, México, UNAM, 1989, pp. 191-223.
- Meza Huacuja, Ivonne, “La edad difícil: los adolescentes modernos en la ciudad de México (1876-1934)”, tesis de doctorado en historia, México, El Colegio de México, 2015.
- Modotti, Tina, *Una mujer sin país: las cartas a Edgard Weston y otros papeles personales*, ed. Antonio Saborit, México, Cal y Arena, 2001.
- Muñiz, Elsa, “Los jóvenes elegidos: México en la década de los veinte”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Arteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de la Juventud/AGN/Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud, 2004, pp. 151-172.
- Ordorica, Manuel y José Luis Lezama, “Consecuencias demográficas de la Revolución Mexicana”, en Moisés González Navarro (coord.), *El poblamiento de México: una visión histórico-demográfica*, 4 tomos, México, Conapo/Segob, 1993, t. 4, pp. 32-53,
- Paz, Octavio, “Revueltas y revoluciones: un proceso dramático, México y los poetas del exilio español”, en Danubio Torres Fierro (ed.), *Octavio Paz en España, 1937*, México, FCE, 2007.
- Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle: biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001.

- Romo Patiño, Mariana, “Las modernas: estudiantes en los años veinte de la Escuela Nacional Preparatoria”, en Juan Manuel Piña y Claudia Beatriz Pontón (coords.), *Cultura y procesos educativos*, México, UNAM/Plaza y Valdés, 2002, pp. 133-148.
- Solari, Aldo E., “Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina”, *Deslinde*, núm. 13, México, UNAM, 1972, pp. 1-36.
- UNAM, *La autonomía universitaria en México*, México, UNAM, 1979 (Colección Cincuentenario de la Autonomía de la Universidad Nacional de México).